

# América Latina, el Caribe y Estados Unidos: grietas en la hegemonía y reconfiguración del mapa político regional

Dr. Darío Salinas Figueredo

Sociólogo, profesor-investigador emérito  
del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales,  
Universidad Iberoamericana, México D. F.

## Marco analítico de referencia

El contenido de este estudio se organiza a partir de un eje de preocupación que tiene que ver centralmente con los procesos de cambio político en la región y el sentido de las dinámicas internas y externas que acarrea un modelo de *sociedad de mercado* bajo señales de crisis. Más que un desarrollo exhaustivo de los referentes empíricos específicos, se busca una presentación general, sugiriendo algunos principios analíticos que pueden ser relevantes para la comprensión del escenario hemisférico e interamericano, a la luz de sus problemas, tensiones y perspectivas. Observando algunas manifestaciones de tendencias que se desarrollan en la historia política reciente, emergen interrogantes importantes que buscan reinterpretar el carácter de las transformaciones en curso en América Latina y el Caribe, cuyo alcance parece cuestionar, no siempre con suficiente organicidad, el sistema de dominación en sus fundamentos internos y externos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El contenido de este artículo recoge insumos de la investigación que se realiza en el marco del Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Incorpora también algunas preocupaciones que fueron presentadas en la XII Conferencia de Estudios Americanos y añade, en coherencia con el tiempo político en que se redacta la última versión, un acápite de reflexión preliminar sobre el inicio de las conversaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos. El autor agradece la colaboración académica en el desarrollo de este estudio al Mtro. Sergio Tapia.

Al colocarnos en la perspectiva de la historia actual, y también en la de la larga duración, la política y lo político puede ser leído como un proceso más amplio de lucha por la igualdad y la autodeterminación. El grado de consistencia de las decisiones que atañen a la política tiene su correlato con lo que acontece en lo regional y lo hemisférico. En lo que tiene de plausible este punto de vista, el proceso político latinoamericano encierra, a su vez, una dimensión de alcances geopolíticos.<sup>2</sup> De aquí se deriva una línea reflexiva que trata de volver a observar cómo los actuales procesos políticos de la región no pueden entenderse sin los ingredientes vinculados al entramado de las relaciones hemisféricas, entre cuyas expresiones aparece comprometida de manera central la problemática que hace a la hegemonía norteamericana en el sistema global.

### **Rasgos de la etapa actual**

El ciclo histórico que se inició después de la Segunda Guerra Mundial ha concluido con el desmoronamiento del orden bipolar. Si nos volviéramos a colocar en el escenario que inmediatamente sucede a la conclusión de la confrontación entre el socialismo y el capitalismo, en aquel denso contexto de la última década del siglo pasado, la idea que pareció más razonable apuntaba —en teoría, al menos— a revalorar positivamente las condiciones necesarias para fortalecer la capacidad de decisión de América Latina, en la medida en que los conflictos sociales y las legítimas demandas de autodeterminación ya no aparecerían agudamente acotadas por el esquema de la confrontación bipolar. No se puede echar al olvido el peso ideológico de aquella confrontación, toda vez que ha sido una recurrente razón esgrimida por la política del Norte, en los hechos durante casi medio siglo, para justificar diferentes modalidades de presión, injerencia o intervención en los asuntos internos de los países de América Latina y el Caribe.

Sin embargo, en la medida en que la relación de confrontación Norte-Sur continuó, proliferando conflictos en diversas zonas del mundo, en los cuales los intereses de la política estadounidense siguieron constituyendo un factor de importancia decisiva, correlativamente se ha venido produciendo un complejo realineamiento en el cam-

<sup>2</sup> Desde una perspectiva latinoamericana esta dimensión se encuentra bien abordada en: Luis Tapia: *Pensando la democracia geopolíticamente*, CLACSO/CIDE/UMSA, La Paz, 2009.

po del poder mundial, donde el uso de la fuerza o la amenaza de usarla, la falta de concertación en la política predominante y la fragilidad del sistema internacional vienen definiendo las principales características del inestable escenario global.

A contrapelo de la prudencia y los razonables principios que alimentan el multilateralismo, los acuerdos de equilibrar las fuerzas de disuasión o contención que previamente existieron son, en el contexto de post-Guerra Fría, asumidas como una suerte de prohibiciones para la actual política exterior y de seguridad estadounidenses. Algunas conductas dibujan bien la índole de ese reposicionamiento. En efecto, en el escenario internacional ha prevalecido, por ejemplo, una negativa recurrente en la política norteamericana sobre hacer sentir su peso sobre Israel en el conflicto con los palestinos. Su obstinada oposición al Protocolo de Kioto para ratificar consecuentemente acuerdos ambientales sobre calentamiento global, es otro indicador, junto al anuncio de terminar unilateralmente con el tratado de misiles antibalísticos y el haberse sustraído de los esfuerzos encaminados a controlar las armas biológicas y a limitar la proliferación nuclear. En la dirección de tales expresiones, que estructuran una forma de conducta, puede inscribirse también su negativa a ratificar el Estatuto de Roma para la creación de la Corte Penal Internacional (CPI), destinado a enjuiciar crímenes de lesa humanidad, crímenes de guerra y genocidio,<sup>3</sup> considerados como graves violaciones al derecho internacional público, a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario. La lista, meramente indicativa, de expresiones similares que se desatan desde un mismo núcleo conceptual puede extenderse a muchas otras esferas de relación en el orden interna internacional.

Lo que prevalece de manera contundente sobre los escombros de aquel orden bipolar es el afán hegemónico norteamericano y la supremacía militar que le sirve de soporte. Desde la teoría del poder, esto remite a la clásica representación de los elementos que articulan la posibilidad del consenso y los del *poder duro*, que ejercen la coerción y la violencia. La recuperación de este ángulo, de raíces gramscianas, ayuda a ordenar la comprensión de cómo se ejerce el

<sup>3</sup> Al entrar en vigor, el Estatuto de Roma le otorgaba competencia a la CPI para juzgar estos crímenes. Sin embargo, desde su creación previó la posibilidad de juzgar el crimen de agresión, definido en la Conferencia de Revisión del Estatuto de Roma realizada en Kampala en 2010 como el uso de la fuerza armada por un Estado contra la soberanía, la integridad territorial o la independencia política de otro Estado, o en cualquier forma incompatible con la Carta de las Naciones Unidas.

poder en la actual mundialización. Aunque abunden señales que ponen en entredicho el recurso de la persuasión, la credibilidad y la legitimidad de su accionar político, sobresale desde la dominación estadounidense como algo indiscutible su robusto poderío militar y el engrosamiento ascendente de sus alianzas o miembros subordinados al diseño hegemónico. Un índice de todo ello se advierte en la organización militar de la OTAN, que no ha dejado de fortalecerse en su composición y poderío bélico después de la dislocación del Pacto de Varsovia. Con el beneficio del tiempo ya transcurrido, para los grandes intereses del sistema capitalista en la base de aquel diseño de poder, no era cosa de simplemente dar por cumplida la misión de la OTAN con la desaparición de su otrora amenaza. Todo sugiere que su diagnóstico estratégico se realizó desde posiciones de fuerza y propósitos de dominio global. El crecimiento de cualquier fuerza intra o extrasistema acarrea el riesgo de convertirse en competidora y eventualmente enemiga de Estados Unidos. Por lo tanto, el nuevo escenario para Estados Unidos era crucial e inherente a la naturaleza del capitalismo. Es exactamente aquí el núcleo en que se sitúa la referencia que abona la conceptualización del enfoque unipolar. Se alude a esa característica de estructuración del poder a partir del campo político-militar, que coincidió en sus inicios con el desplome del socialismo en Europa y la desintegración de la Unión Soviética, acaecidos entre 1989 y 1991, y que se reconceptualiza operacionalmente luego de los atentados terroristas del martes 11 de septiembre de 2001.

### **Aristas de la crisis**

Contradictoriamente para ese poderío, prácticamente sin contrapesos, su posición dominante en el terreno económico global no se ha venido fortaleciendo en la misma proporción. El proceso de creación de un portentoso mercado capitalista, con centros comerciales y financieros interconectados ha tenido una gran incidencia en el proceso de reordenamiento del sistema global. Una tendencia importante de todo ello apunta al fortalecimiento de referentes económicos y comerciales que propende hacia una estructura policéntrica o multipolar.

Cada segmento de esta globalidad capitalista, en efecto, ha ido mostrando distinta capacidad y consistencia en los diferentes ámbitos de

las relaciones internacionales, comerciales y de seguridad. Sin embargo, la expansión de las transnacionales en sus interconexiones, fusiones y mecanismos de adquisición, el ocaso del proteccionismo y la liberación de las trabas para el movimiento de capital y de todas las mercancías rentables, fueron articulando mercados en complejos procesos de integración y competencia, impulsando a su turno interdependencias y eslabonamientos productivos globales. Un lado vulnerable de este formidable proceso se ha venido expresando en el sistema financiero mundial. Aquí sobresale un movimiento de fuerte crecimiento, rápida acumulación y recurrentes contracciones de crisis, cada vez más agudas como las actuales que remesen no solo al diseño financiero hegemónico sino a todo el sistema capitalista.

La tesis del multipolarismo y el declive relativo de la hegemonía norteamericana remiten a una problemática crucial de la agenda internacional cuya densidad analítica aconseja manejarse con prudencia.<sup>4</sup> Puede ser cierto que la economía estadounidense, aunque siga creciendo, ya no tenga el peso que logró mantener a la cabeza del sistema capitalista. Sin embargo, el capitalismo actual no tiene globalmente ningún contrapeso sistémico, tampoco una alternativa orgánica sustancialmente diferente. Es aquí donde hay que valorar —sin absolutizar— la importancia específica de la supremacía militar y de la contribución que a su vez aporta al sistema, a la renta imperial y, consecuentemente, al sistema como totalidad el complejo industrial-financiero-militar.<sup>5</sup> En los agudos períodos de crisis, como el actual, que se desató en el 2008 y que sigue su curso, ningún criterio extrasistémico, más allá de los benéficos contrapesos, ha desarrollado la capacidad para imponer una modificación sustantiva a la agenda de los poderes del capitalismo. A pesar de la profundidad de la crisis, las propuestas para encararla son enteramente coherentes con las necesidades de la reproducción del sistema capitalista. Por nuestra parte, y desde una lectura latinoamericana, tendremos que subrayar la importancia de preguntarnos acerca de la solidez de los referentes sobre los cuales descansa la capacidad hegemónica estadounidense en un contexto de crisis, incluyendo su poderío mediático, la

<sup>4</sup> Marco A. Gandásegui (hijo) y Dídimo Castillo Fernández (coord): Estados Unidos, la crisis y las nuevas condiciones de legitimación, CLACSO/Siglo XXI Editores, México, 2010.

<sup>5</sup> Esteban Morales Domínguez: “Imperialismo y economía en los Estados Unidos: el llamado complejo militar industrial”, en: Jorge Hernández Martínez (coord.): *Los Estados Unidos a la Luz del Siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, pp. 173-239.

eficacia de sus ajustes políticos y peso de las tendencias contrahegemónicas y alternativas.

En el marco de estas gruesas consideraciones reflexivas, propias de un debate en curso, lo que queda fuera de toda duda es la supremacía militar de EE.UU. Si el problema en la balanza de fuerzas a nivel global fuera solamente de carácter militar, tendría completamente el sartén por el mango. Sin embargo, como está visto, esa superioridad no le reditúa necesariamente victorias políticas; es más, lo que consigue configurar en términos de escenarios no le resulta globalmente favorable.

En efecto, los referentes disponibles proyectan la idea de que todo lo que ha venido realizando, por ejemplo, en el Medio Oriente, no logra traducirse en un verdadero control sobre la situación política. No obstante su presencia militar en la zona, el escenario que logra conformarle resulta adverso y profundamente amenazante. Allí donde el fundamentalismo de raigambre islámica, coadyuvado antes por recursos del poder estadounidense, como la CIA, para enfrentar a la otrora Unión Soviética que ocupó Afganistán, actualmente amenaza a los grandes intereses de las estructuras monárquicas petroleras pro norteamericanas de la zona. La guerra en Irak no ha logrado instalar siquiera una cuota de estabilidad política para ese país. Tampoco un acceso a la extracción del recurso petrolero en favor de EE.UU. El más reciente documento sobre Seguridad Nacional emitido por el Departamento de Estado en febrero de 2015, es un buen ejemplo, cuando coloca justamente la obtención de petróleo en un lugar central de la seguridad norteamericana. Importante diagnóstico, si se considera que después de tantas invasiones a zonas ricas en hidrocarburos no logra disponer de saldos que no sean proyecciones deficitarias y mayores amenazas.

A contrapelo de las resoluciones de las Naciones Unidas, sus agresivas políticas no han hecho más que profundizar los conflictos en los que se ha involucrado. El ejemplo palestino-israelí puede considerarse una verdadera amenaza nuclear, de desenlaces impredecibles, si se tiene en cuenta la ofensiva desatada en contra de Irán por parte de la política de Washington. No está demás volver a registrar que Estados Unidos en la historia reciente hace solo lo que sabe hacer mejor: agredir e invadir, lo que no significa triunfar políticamente. A confesión de partes relevo de prueba: Washington en el mandato de Obama decidió bajo modalidades muy específicas retirar sus tropas sin poder

registrar ninguna victoria, contribuyendo a profundizar la desestabilización en toda la región donde provocó la guerra o la invasión. Donde ingresó sus tropas solo ha logrado sembrar fuertes sentimientos anti-norteamericanos, cuyos alcances también se expanden actualmente hacia Pakistán, dotado de un arsenal nuclear alentado justamente por Estados Unidos con el propósito de contrapesar el programa que en ese rubro posee la India.

Con todo, no obstante su poderío militar, la geopolítica no se perfila por ningún lado a su favor.<sup>6</sup> En el mismo sentido no ha podido cultivar una política eficaz ante lo que le significa el desafío de Corea del Norte. Al lado, el poderío de la República Popular China, la cual en poco tiempo y con inusitada rapidez se ha convertido en el referente principal de la economía y el comercio mundial. En otro registro, conviene destacar también el peso de Rusia en la balanza del poder global.

### **Piezas de la hegemonía**

Después del cuadro descrito arriba, conviene preguntarse sobre el sentido exacto que le atribuye la política estadounidense en la actual coyuntura mundial a América Latina y el Caribe. Aparentemente ofrece la impresión que la región no es prioridad para sus intereses. Incluso desde instancias muy elevadas del Departamento de Estado se escuchan voces que afirman que en la región no hay problemas graves, como las guerras en el Medio Oriente o la amenaza del terrorismo o el hambre en África.<sup>7</sup> Si observamos el peso de las variables comerciales y financieras entre Estados Unidos y América Latina, comparándolo con el peso relativo que ellas tienen respecto a otras regiones del mundo, podremos concluir que por esa línea argumental tampoco encontramos razones para que le atribuyan importancia de primer orden. Ciertamente su liderazgo mundial no se define en nuestra región. Sin embargo, el debilitamiento de su influencia en América

<sup>6</sup> Darío Salinas Figueredo: "América Latina y el Caribe en el diseño estratégico", en: Marco Gandásegui y otros: *Soberanía, hegemonía e integración. De las democracias en revolución en América Latina*, Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), Quito, 2015, pp. 51-70.

<sup>7</sup> Idea externada por Roberta Jacobson y recogida en similar sentido a la reflexión nuestra en un valioso análisis sobre política exterior de Estados Unidos realizado por Soraya Castro Mariño: "Tendencias de la política exterior y de seguridad de los EE.UU. en el segundo mandato de la administración de Barak Obama: ¿Cambio o continuidad en la política hacia la República de Cuba?", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. XXIV, no. 46, enero-julio de 2013, pp. 37-69.

Latina y el Caribe es una amenaza a los requerimientos de su hegemonía global.

No es muy complicado apreciar el ropaje discursivo de la “lucha contra el terrorismo”, ocupante del sitio que durante la Guerra Fría tuviera el llamado “comunismo internacional” y la “lucha contra la subversión”. No hay que olvidar que históricamente la orientación de esa política ha construido la conformación de un enemigo como amenaza y a la vez como soporte en sus necesidades de cohesión social y legitimidad estatal. Para los estudiosos de la tradición política del país del norte, en su expresión dominante, no constituye mayor novedad la noción de “fortaleza sitiada” que requiere ser protegida, sin ningún tipo de carencia presupuestal ante las antiguas y nuevas amenazas que se perciben sobre su seguridad. “Eje del mal”, “gobiernos populistas”, “países cómplices del terrorismo”, “gobiernos no democráticos” son, entre otras cosas, referentes que se invocan ideológicamente ante la población norteamericana en la justificación de una política. Puede resumirse que, habiendo desaparecido el comunismo como amenaza, actualmente para el *establishment* hegemónico el enemigo está domiciliado en todos los pueblos no occidentales, primordialmente aquellos que cuestionan el orden unipolar del mundo. Subyace en esta percepción de la amenaza toda una forma de entender la seguridad.

La excesiva elasticidad en la conceptualización que compromete la política enunciada en términos de la “lucha contra el terrorismo”, hace que su accionar práctico colinde con las que desde una lectura conservadora pudieran justificar medidas policíacas en contra de la demanda social. La política en América Latina y el Caribe se enfrenta a una ofensiva estratégica en favor de la cooperación para la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado. La fragilidad del Estado y la falta de una política propia en materia de seguridad hace cada vez más tenue la frontera entre cooperación e intromisión. Tributario del neoliberalismo, hay un sustrato socioeconómico que entrelaza requisitos y consecuencias de la vigencia de un modelo y que potencializa los gérmenes de la conflictividad social y política. Esto implica la necesidad de poner más atención en las características del modelo de expansión económica prevaleciente. Respecto a la caracterización conservadora de la “desestabilización” vinculable a la “amenaza del terrorismo”, a la que la delincuencia le brinda su cuota de aporte sustancial, puede haber solo una frontera muy exigua. En este sentido,

un riesgo que potencialmente amenaza el ejercicio de la política de seguridad pública en América Latina y el Caribe es que esa lógica de seguridad nacional, bajo el ropaje de la concepción hegemónica asociada a los intereses de la política norteamericana, tienda a imponer un concepto de “seguridad regional”, en virtud del cual el control militar se haga cargo del conflicto social. Un alcance extremo de esta tendencia, nada irreal en los procesos concretos, supone un paso decisivo hacia la criminalización de la protesta social. El sentido de clase en la aplicación de la política de seguridad constituye un importante desafío en la tarea de entender el desarrollo de los procesos políticos actuales. Se requiere conocer mejor los criterios y conceptos subyacentes en aquellas legislaciones que moldean jurídicamente las disposiciones antiterroristas. Es la experiencia reciente de Chile. Por ejemplo: la ley antiterrorista 18.314 ha servido para judicializar las demandas sociales o como escudo para los intereses que practican el saqueo de recursos de pueblos originarios.

En cuanto a los criterios que están operando en la estrategia de “seguridad hemisférica”, además de la realización de ejercicios militares conjuntos, cabe mencionar el Plan Colombia, la “Iniciativa Regional Andina”, el Plan Mérida, el accionar del Comando Sur, entre otros referentes fundamentales. A todo ello hay que añadir el desarrollo de las prácticas políticas para influir en los procesos de certificación unilateral sobre la conducta de nuestros países en materia de democracia, derechos humanos y cooperación en la lucha contra el narcotráfico o el terrorismo. Certificados políticos, a manera de diagnósticos en materia de “buena conducta”, que se constituyen como piezas de la hegemonía estadounidense para el juego de la *guerra no convencional*, especialmente en su dimensión mediática, acciones encubiertas y, desde luego, para su operación en el sistema financiero como carta de chantaje frente a las diversas necesidades de las economías dependientes. Analizar estas piezas desde un diagnóstico latinoamericano constituye un punto de crucial importancia en el proceso de construcción de una política contrahegemónica.

### **Objetivos en pugna: tendencias y contratendencias**

Se encuentra en curso en el escenario actual un proceso de rediseño estratégico con impactos globales y hemisféricos. Ante ello conviene

preguntarse sobre el potencial defensivo de América Latina y el Caribe. Lo primero que se puede reconocer es que junto con las señales de crisis del neoliberalismo y su sistema de dominación se ha desatado en la región una nueva dinámica política, una de cuyas tendencias apunta hacia un rumbo político distinto.

Las nuevas configuraciones de fuerzas contienen los ingredientes para preguntarse por qué no han podido avanzar más las políticas de “libre mercado” y sus tratados comerciales. En la densidad de ese juego de tendencias y contra-tendencias, un momento político primordial es aquel en el que la concertada política regional le ha puesto en diciembre de 2005, en Mar del Plata, un freno a las pretensiones hegemónicas de llevar a todo el continente el proyecto de “Acuerdo de Libre Comercio para las Américas”.<sup>8</sup> Paradigmática coyuntura porque se pudo dimensionar el cuestionamiento a las concepciones conservadoras de integración, seguridad y cooperación hemisféricas. Frente a los valores impulsados por el mercantilismo neoliberal, la “competitividad” y las oportunidades del “libre comercio” (entre desiguales, por supuesto) y la cultura del consumismo, se han venido instalando referentes distintos como el principio del “comercio justo” o el del “intercambio solidario”, así como la necesidad de un diseño bancario y financiero, pensada desde la matriz económica y productiva de la región. Las coincidencias se encuentran plasmadas en el impulso de propuestas diferentes de integración y cooperación, como la Alternativa Bolivariana para Nuestra América (ALBA), la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), el Proyecto del Banco del Sur y el Consejo Sudamericano de Defensa junto con otros proyectos de gran envergadura como PETROCARIBE. Son todas respuestas políticas en la configuración de nuevos esquemas de integración, de concertación política, alimentados por criterios multilaterales y de defensa de la soberanía para el tratamiento de los desafíos comerciales, políticos y diplomáticos comunes.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Alejandro Nadal: “Adiós al ALCA. ¿Se perdieron los beneficios?”, *La Jornada*, México D. F., 30 de noviembre de 2005, p. 30.

<sup>9</sup> Cristóbal Katz: *El rediseño de América Latina. Alca, Mercosur y ALBA*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2006; y José Luis Calva (coord.): “Crisis mundial y futuro de la globalización”, *Análisis estratégico para el desarrollo*, vol. 1, Juan Pablos Editor, Consejo Nacional Universitario, México D. F., 2012.

Estos procesos sugieren que hay un nuevo consenso regional en marcha, que desde la política se han forjado proyectos para articular las coincidencias. En ese marco se entiende que la reactivación de la Cuarta Flota por parte de Estados Unidos no haya logrado contar con la anuencia de los gobiernos latinoamericanos como fácilmente hubiera podido ocurrir en períodos previos. Tampoco resulta extraña dentro de ese contexto la clausura del puesto militar norteamericano en la Base de Manta por el gobierno ecuatoriano en 2009. Heredera del Grupo de Río, que consolidó su fisonomía con la incorporación de Guyana, Haití y un poco más tarde Cuba, la denominada Cumbre de la Unidad, celebrada en la Riviera Maya en 2010, culminó con el consenso de todos los países de la región para la constitución de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). La Declaración de Cancún, suscrita por los países de la región, se ha ratificado en la Cumbre de Caracas.<sup>10</sup> Los acuerdos igualmente ratificados por unanimidad en la reunión de Chile, luego en Cuba y Costa Rica, hablan de una nueva correlación de fuerzas en la región, porque incluso gobiernos como los de Colombia, Perú, Panamá o Trinidad y Tobago asumen las declaraciones y posicionamientos regionales de la Comunidad. Todo este proceso, que modifica el mapa político regional, sirve a la vez para plantear que la hegemonía, aunque vigente, ya no es la misma.

Por su naturaleza y composición, cabe considerar un punto de quiebre de la trayectoria de la zona con el monroísmo en cualquiera de sus expresiones. Sus propósitos apuntan hacia la integración política, económica, social y cultural, y entre ellos figura la defensa del multilateralismo como medio para incidir en el manejo de los grandes temas de la región y los acontecimientos de la agenda global. En el apartado dedicado a la crisis económica, se inscribe un punto a favor de la creación de una nueva arquitectura financiera regional, incluyendo la posibilidad de realizar en el futuro pagos en monedas nacionales, así como la cooperación entre bancos nacionales y regionales de fomento. Otros aspectos suscritos son los rubros dedicados a *energía* y a la *integración física en infraestructura*. Sin perder de vista que se trata de un proceso, no es menos significativo que haya aparecido con especial fuerza el desafío energético, la expansión y diversificación de fuentes de energía, la socialización de experiencias y la transferencia de

<sup>10</sup> I Cumbre de la CELAC: *Declaración de Caracas*, Caracas, diciembre de 2011.

tecnología sobre programas nacionales de biocombustibles y la producción de etanol.<sup>11</sup>

Sin embargo, pese a este formidable proceso de reconfiguración política del área, al margen del liderazgo hegemónico hemisférico, su potencial fuerza transformadora parece mermada cuando se focalizan los enormes desafíos internos y externos que deberán afrontarse. En el Salvador, Nicaragua, Bolivia, Venezuela, Ecuador y en prácticamente todos los gobiernos de la UNASUR y desde luego en los que integran el ALBA, resulta crucial consolidar los avances, articulando más fuerza social y política, ganando mejor las elecciones y proyectar convincentemente la cualidad de *buen gobierno* que recomponga el tejido social desmembrado por el neoliberalismo. Estos procesos, ya lo estamos didácticamente percibiendo en Venezuela, conforme avanza en la implementación de su programa se van enfrentando de manera inevitable con el sistema de dominación en sus poderosos referentes endógenos y externos. Se debe avanzar democratizando la democracia, profundizando las conquistas y a la vez transformar el poder. Sabemos que esto no es asunto de buena voluntad ni simples retóricas, sino un colosal desafío vigente en la política latinoamericana, abierto al debate y a mejores articulaciones en las distintas formas de lucha.

El reconocer en este juego de tendencias y contratendencias la parte benéfica que se viene configurando en el escenario político regional, en favor de la democracia, la soberanía y la posibilidad de articular intereses populares en la acción gubernamental y estatal, no es desde luego para sacar cuentas alegres. La heterogénea oposición al neoliberalismo, como modelo de desarrollo, no implica en todos los casos un cuestionamiento al sistema de dominación con sus soportes internos y externos. Este es un debate que concierne a la problemática de las alternativas. Los golpes de Estado, como en Venezuela (2002) y Honduras (2009), y el “golpe parlamentario” que culmina con la destitución del presidente Fernando Lugo en Paraguay (2012), las agudas políticas de desestabilización o intentos de golpes, como en Bolivia (2008) y Ecuador (2010), son páginas recientes de agresión y resisten-

<sup>11</sup> Francisco Rojas Aravena: *Escenarios globales inciertos. Los desafíos de la CELAC*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José de Costa Rica, 2012. Alicia Puyana: “La integración económica regional de América Latina. Un poco de historia y algunas reflexiones futuras”, en: Martín Puchet Anyul y otros: *América latina en los albores del siglo XXI. I. Aspectos Económicos*, FLACSO-México, México D. F., 2012, pp. 117-144.

cia. Las guerras actuales, diseñadas desde el Pentágono, tienen en el escenario venezolano su campo de experimentación. Sus instrumentos multiformes, convencionales y no convencionales, convergen en la aplicación de una renovada ofensiva contra el gobierno de Caracas que busca el derrocamiento de su presidente, como parte de la estrategia de retrotraer todos los avances que se registran en la proyección de gobiernos que se instalan sin la anuencia del Departamento de Estado norteamericano.

Tampoco, de otro lado, parece conveniente alimentar expectativas desmedidas en relación con los recambios gubernamentales en el sistema político norteamericano. Aquella idea de “buscar a los terroristas en cada rincón del planeta” no ha sido reemplazada por la administración demócrata. La expansión de las bases, misiones militares y sus sistemas de espionaje por todo el mundo son rasgos de una persistente voluntad atestiguadas por la comunidad internacional. Sus criterios estratégicos y sus variantes políticas hacia América Latina, empezando por la permanencia del bloque contra Cuba, no cambian de rumbo. Conviene desde todo punto de vista tener en un lugar prioritario de la discusión el hecho de que en la actual correlación de fuerzas, la política de Washington, más allá de su cuota de desprestigio internacional y su crisis económica, conserva la supremacía militar, los instrumentos de coacción económica y financiera internacionales, y una gran capacidad de incidir en las conciencias a través del poderío mediático de que dispone.

En la medida exacta en que estos procesos tienden a modificar aquella tradicional relación entre EE.UU. y América Latina dentro de la cual se concebía la normalidad basada en la subordinación de la región, no hay que desmerecer ninguna estrategia de respuesta. Precisamente en ese marco hay que entender la activación de una iniciativa concertada que parece moverse en el campo de la relación comercial y que compromete precisamente a los gobiernos actualmente aliados de la política norteamericana. La Alianza del Pacífico (AP), que reúne a Chile, Perú, Colombia y México, se expresa como proyecto de integración desde 2011. Abierta al libre comercio, posee todos los perfiles de una plataforma estratégica para la recuperación de espacios regionales ante las nuevas tendencias integracionistas y los acuerdos de cooperación que han venido proyectándose en una franja importante de la región sin la presencia de Estados Unidos.

La convergencia de países con lineamientos políticos y comerciales cercanos y la afinidad estatal de sus posicionamientos con la política norteamericana son datos importantes. Los criterios que alimentan el sentido de sus actuales políticas establecen puentes de coherencia con los tratados de libre comercio, de seguridad y defensa firmados entre estos países y con Estados Unidos, a todo lo cual habrá que añadir la cooperación en materia de lucha contra el narcotráfico. Como en toda propuesta de orientación estratégica que requiere de una relación básica, sus aliados al sur del Río Bravo articulan las coincidencias para lo que se ha dado en llamar proyecto de “integración profunda”. Esta expresión de voluntad política, atada a la hegemonía estadounidense, se propone “contribuir a la consolidación del Arco del Pacífico Latinoamericano como un espacio de concertación y convergencia, así como un mecanismo de diálogo político y proyección con la región Asia Pacífico” para “avanzar hacia un espacio más amplio que resulte más atractivo para las inversiones y el comercio de bienes y servicios, de manera que proyecte a nuestros países con mayor competitividad (...)”.<sup>12</sup>

Es la localización geográfica de los principales flujos de comercio internacional como los potenciales registros del crecimiento económico lo que, en primera instancia, aparece justificando la índole de estos proyectos. Pero más allá de ello, se encuentra la reproyección de la política norteamericana y sus grandes intereses globales que pasa, desde luego, también por la región latinoamericana. Sin ser necesariamente explícitos, todos los documentos de seguridad y las entrelíneas del discurso oficial norteamericano entregan elementos para plantear, de manera plausible, que se busca subordinar a los intereses económicos y geopolíticos estadounidenses a los gobiernos de los Estados del hemisferio occidental localizados en la franja del Pacífico, desde Canadá, pasando por México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú y Chile. Esa pretensión, de carácter geoestratégico, está relacionada con la necesidad de contrarrestar la amenaza que le significa el declinante proceso por el que transita su poder global frente a la cada vez más fortalecida proyección de la República Popular China y las políticas instrumentadas por el gobierno de la Federación Rusa orientadas, según la versión oficial estadounidense, a limitar el control en todas las áreas que for-

<sup>12</sup> Declaración Presidencial para la Alianza del Pacífico, Lima, Perú, 28 de abril de 2011. Consultado en: [alianzapacifico.net/documentos/AP\\_Declaracion\\_Lima\\_I\\_Cumbre.pdf](http://alianzapacifico.net/documentos/AP_Declaracion_Lima_I_Cumbre.pdf).

man parte de su esfera de influencia.<sup>13</sup> No es ajena a la evaluación estratégica norteamericana las cercanías entre China y Rusia, que además de impulsar la iniciativa de la Organización de Cooperación de Shanghai, ejerce su cuota de gravitación en la conformación del Grupo BRICS (Brasil, Rusia, la India, la RPCH y Sudáfrica). Todas estas nuevas tramas de vínculos se están forjando al margen del designio norteamericano, así como también el desarrollo de las estrategias bloques en materia de cooperación con América Latina y el Caribe, incluyendo las de Irán.

Es en el marco de estos planteamientos donde encuentran su lógica y articulación como proceso deliberado la mencionada AP, la Asociación Transatlántica de Libre Comercio (TTIP, por sus siglas originales), así como el Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP, también por sus siglas de origen) y el Acuerdo sobre Comercio de Servicios (TISA), con áreas de incidencia específicas, directamente vinculadas con una mayor desregulación, privatización y un renovado control de ganancias en favor de las economías nacionales y mundiales. Las transnacionales sin territorio propio, de la Unión Europea y de Estados Unidos, con el concurso de los principales organismos multilaterales, articulados al diseño de los grandes intereses comerciales y financieros, se insertan en la recomposición de estas nuevas fórmulas de integración. Aunque estamos apenas ante un proceso, no resulta descabellado plantear que estos tratados apuntan desde esferas específicas a ser complementarias entre sí para la expansión y acumulación capitalistas, y tornar irreversibles los “derechos” otorgados a sus intereses globales. En la medida que logren proyectar estos objetivos es de suponer que, correlativamente, acarrearán cambios institucionales antidemocráticos, por la posible afectación de derechos sociales y a la soberanía de nuestros países. Su implicancia geopolítica resulta evidente. Es la intencionalidad del poder hegemónico hemisférico, que busca neutralizar el desarrollo de bloques fuera de su control. Estos procesos de recomposición en marcha no han cursado el filtro de la deliberación como un tema de acceso dentro de las instituciones involucradas.<sup>14</sup> Tampoco hacia la opinión pública y menos hacia el discernimiento ciudadano. Mientras

<sup>13</sup> Pierre Charasse: “La guerra fría aún no se acaba”, *La Jornada*, México D. F., 7 de marzo de 2014, p. 28.

<sup>14</sup> Miriam Posada García, Tania Molina Ramírez y Roberto González Amador: “Busca EU limitar acceso a Internet en el Pacífico”, *La Jornada*, México D. F., 13 de noviembre de 2013. Consultado en [goo.gl/f8hjwt](http://goo.gl/f8hjwt).

tanto, podemos razonablemente plantear que no están muy claros los aspectos sustantivos que los gobiernos de la región, involucrados en tales proyectos, están negociando con Estados Unidos y las instancias impulsoras de tales acuerdos.

Llegado a este punto es preciso reconocer que si bien la superpotencia se enfrenta a una disminución relativa de su capacidad de dominación sobre el sistema internacional, así como de su gravitación económica global, no es menos cierto que esta tendencia no se traslada mecánicamente a América Latina y el Caribe. Ante un debilitamiento relativo de su liderazgo en el escenario global y las fisuras advertibles en su tradicional hegemonía, Estados Unidos propenderá a aferrarse con más fuerza a su antiguo “patio trasero”. Es indudable que el predominio de la política estadounidense tenía antes en la región hoy, ciertamente, no es el mismo si consideramos la existencia de importantes contrapesos o tendencias fuera de su control. Sin embargo, sería un gravísimo error considerar que su declive no pueda ser remontado. Los intereses hegemónicos no están en posibilidad de admitir el desarrollo de proyectos fuera de su control y ámbito de influencia.

En ese contexto, la disputa por la dirección de los procesos políticos se encuentra abierta en América Latina y el Caribe. Los avances alcanzados por los gobiernos progresistas o reformadores se enfrentan a las amenazas de posibles reversiones. Los objetivos políticos en juego no dejan exento ningún plano de la vida social, incluyendo las bases epistemológicas comprometidas en los formas de entender y diagnosticar la realidad.<sup>15</sup> Esa disputa en el desarrollo de los procesos políticos pasa por la disyuntiva que supone la profundización de las transformaciones democráticas y antineoliberales, con sentido de autodeterminación, como en Venezuela, Ecuador, Bolivia, Brasil (de modo principal aunque no únicamente) y el redoblado desencadenamiento de la “recomposición conservadora”, con apoyo norteamericano, abierto y encubierto, en la instrumentación de sus objetivos estratégicos de infringir derrotas políticas al campo popular y progresista, y sus expresiones más avanzadas. El proceso de confrontación tiende a agudizarse en todos los terrenos incluyendo lo electoral. El neoliberalismo y su sistema de dominación están en crisis, pero lejos se encuentran de haber sido

<sup>15</sup> Jorge Hernández: “Los Estados Unidos: una perspectiva latinoamericana desde las ciencias sociales en Cuba”, en: Jorge Hernández Martínez (coord.): *ob. cit.*, pp. 3-30.

superados. Los proyectos gubernamentales de reforma, de profundización democrática y cambios en la institucionalidad vigente, en las franjas regionales en que están ocurriendo, lograron introducir correcciones importantes al sistema. Sin embargo, con cada avance democrático aparecen las antidemocracias. En este marco se desatan la guerra económica, mediática y los planes de desestabilización que apuntan hacia la reversión oligárquico-conservadora-imperialista bajo diferentes ropajes.

### **El 17 de diciembre: antes, durante y después**

El anuncio simultáneo de Cuba y Estados Unidos de iniciar los pasos conducentes a la reanudación de relaciones constituye, a no dudarlo, un momento de inflexión histórica, con implicaciones significativas no solo para los dos países involucrados, sino también para las relaciones políticas internacionales, sobre todo para el entramado geopolítico interamericano y las nuevas tendencias hemisféricas. Estados Unidos fundamentó su decisión de modificar la conducta oficial hacia Cuba, sin que ello haya implicado una reconsideración abierta de sus intereses permanentes y estratégicos. Por otro lado, se produjo la mesurada intervención que al respecto formuló el gobierno cubano, que constituye un valioso movimiento diplomático. Completamente sorprendente para muchos, el anuncio hecho público de manera simultánea puede anticipar algo que de algún modo se encontraba desde hace tiempo anidado en una recíproca necesidad acorde con la Carta de las Naciones Unidas y los principios del derecho internacional. De allí que, siendo en sí mismo el paso diplomático importante, el objetivo de la normalización de las relaciones se advierta muy distante. Lejos del unilateralismo y de los esquemas de imposición, la decisión diplomática anticipa la posibilidad de manejar las diferencias de otra manera, aunque se trate de sistemas políticos contrapuestos e históricamente enfrentados.

Las expectativas que al respecto surgen en lo inmediato no son uniformes. Difícilmente podrían serlo y resulta absolutamente entendible concebir el período que se inaugura bajo la envoltura de numerosas interrogantes. Una de estas tiene que ver con aquello que ha hecho que la política estadounidense haya llegado a la conclusión de que tenía que modificar su conducta hacia Cuba. El diagnóstico acerca de

la inoperancia de una política seguida por décadas sin lograr el objetivo deseado es la parte más evidente que se vincula a la decisión. En cierta medida diversas voces ya se venían expresando en similar sentido. Señales, aparentemente aisladas, que fueron emergiendo y amalgamando una importante corriente de opinión. Un indicador de esto puede considerarse, por ejemplo, las encuestas que son favorables a la *normalización de relaciones*.<sup>16</sup>

Más allá de todo este arco de referencias hay otras dimensiones menos evidentes. Desde 1959 hasta ahora la clase dominante norteamericana nunca disoció a Cuba de su preocupación hemisférica. La política hacia la Isla, como respuesta a un desafío o amenaza, resulta ininteligible sin el referente ideológico que se asocia a las raíces del “destino manifiesto”, potente invocación justificadora de las profundas creencias expansionistas, correlato de la Doctrina Monroe, que se expresaría más tarde bajo el sistema panamericano en su relación de hegemonía con respecto a los países vecinos del Sur. El peso de esta historia, inscrita en la trayectoria de la larga duración, no puede minimizarse. Si esto es así, se hace indispensable mirar el acontecimiento que se desata públicamente el 17 de diciembre de 2014 bajo el prisma de los estratégicos intereses hegemónicos norteamericanos y, por lo tanto, en su dimensión geopolítica.

No es muy complicado avizorar que un factor propicio a este cambio en la diplomacia norteamericana fue la presión política que, especialmente en el reciente período, provenía de América Latina y que en los hechos aislaba a Estados Unidos de la región debilitando el sistema interamericano. En tal sentido, la apuesta es relativamente clara, toda vez que se trata de distender la “cuestión cubana”, restaurar la credibilidad enjuiciada y el liderazgo norteamericano en el hemisferio. En la inmediatez de la política endógena, seguramente no escapa al diagnóstico de Washington que Cuba hace rato dejó de depender del veredicto estadounidense en lo que respecta a su integración en el contexto latinoamericano, más allá de la OEA y el Sistema Interamericano. Sin necesidad de ninguna auscultación mayor, que implicara recargar el trabajo de sus embajadas y de sus aparatos de inteligencia, Estados Unidos ya sabía qué se pensaba de Cuba en la región. Es más,

<sup>16</sup> La divulgada por el *New York Times* el 10 de febrero de 2014 es una buena muestra. Véase: [www.nytimes.com/2014/02/11/world/americas/majority-of-americans-favor-ties-with-cuba-poll-finds.html](http://www.nytimes.com/2014/02/11/world/americas/majority-of-americans-favor-ties-with-cuba-poll-finds.html).

sabía que la política exterior y la diplomacia cubanas, lejos de restringirse, pueden actualmente exhibir una mayor connotación internacional.

Dentro de las diversas referencias posibles de recuperar, hay dos que no se pueden omitir. Una divulgada antes y otra con posterioridad al anuncio simultáneo de ambos gobiernos de iniciar el proceso de acercamiento oficial. Ambas complementarias en la visualización estratégica de la decisión norteamericana.

Conocedora de los patios interiores del poder y sus intereses fundamentales, en un texto reciente de quien desde su responsabilidad a cargo del Departamento de Estado impulsara la diplomacia contra Cuba, encontramos la siguiente observación:

Hacia el final de mi mandato, recomendé al Presidente Obama que él vuelva a revisar nuestro embargo, que no estaba logrando sus objetivos y que estaba frenando nuestra agenda más amplia en toda América Latina. Después de veinte años de observar y abordar la relación entre Estados Unidos y Cuba, pensé que deberíamos trasladar la responsabilidad a los Castro para explicar por qué se mantuvieron antidemocráticos y abusivos.<sup>17</sup>

Es un agudo señalamiento que pone de manifiesto, de nueva cuenta, que Cuba es importante, pero dentro de una *agenda de preocupación más amplia*. Por otro lado, el propósito de volver a sembrar un germen de la antidemocracia, desde su concepción liberal restringida, exactamente en el terreno político que corresponde como “responsabilidad” a la dirigencia de la revolución cubana. Intento ciertamente tardío e inverosímil de trasladar —según esta última idea— el tema del diferendo al ámbito de la política cubana.

La otra referencia, divulgada después, es un documento que contiene la explicitación de los elementos de seguridad proyectados para este período: la Estrategia de Seguridad Nacional divulgada por el Departamento de Estado en febrero de 2015. Más allá de sus variantes, ella muestra la regularidad en el mantenimiento de algunos eslabones conceptuales con respecto a la del 2010. Se reafirma explícitamente la profundización del principio de asociación estratégica con Colombia, a la que se atribuye un papel primordial para la paz y la seguridad

<sup>17</sup> Hillary Clinton: *Hard Choices*, Simon and Schuster, Estados Unidos, 2014, p. 178.

internacionales. Por otro lado, la estrategia contempla el resguardo del ejercicio pleno de la democracia, que en circunstancias como la de Venezuela considera que se encuentra en riesgo por lo que se autoatribuye la responsabilidad de brindar apoyo y protección a los ciudadanos de aquel país, concepción que no alcanza ni siquiera a disimular su impronta injerencista. En el caso de Cuba, explícitamente señala que la apertura hacia el país caribeño busca promover con mayor eficacia la capacidad del pueblo para determinar su futuro. Otra expresión que reformula su antiguo intervencionismo, más grave todavía cuando en su diplomacia está la búsqueda manifiesta de un entendimiento hacia la normalización de las relaciones.

Hay un aspecto ligado a las anteriores referencias que conviene mencionar y que se encuentra inscrito en el mencionado documento: el reforzamiento explícito de los principios enunciados en la Carta Democrática Interamericana. He aquí todo un eje articulador de su política global encaminada a “promover la democracia” en todo el hemisferio de acuerdo con su unilateral forma de concebirla. Esa llamada “promoción de la democracia” históricamente ha transcurrido por diversos registros, abiertos y encubiertos. El objetivo estadounidense, lejos de ser un compartimento estanco en su estrategia de seguridad, cuenta con los nexos interamericanos vinculantes a los diversos tratados, acuerdos y planes aprobados por las Cumbres de las Américas, por las Cumbres de sus Ministros de Defensa y por las Reuniones de Ministros de Justicia, al igual que por los principales órganos político-militares y político-jurídicos del Sistema Interamericano, es decir, la Organización de Estados Americanos (OEA) y sus diversos componentes institucionales como la Corte Interamericana de Derechos Humanos y la Junta Interamericana de Defensa (JID). Todo este entramado existente permite plantear de manera plausible que su concepción de seguridad va de la mano con la construcción de una estrategia de seguridad interamericana. Su potencial destructivo consiste en la capacidad, según la correlación que le resulte favorable, de operar como verdaderos diques de contención frente a los objetivos multilaterales de concertación política, de cooperación e integración como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, o la propia Unión Sudamericana de Naciones. En última instancia, se trata de propiciar la desintegración de América Latina y el Caribe.

Para la revolución cubana se abre un período probablemente excepcional, en cuya forja la capacidad de su Estado retiene, sin duda, lo podemos razonablemente suponer, alguna parte central de los reconocimientos políticos, tanto que las referencias positivas llegan incluso hasta el propio jefe del Estado Vaticano. En el eje de este accionar se pueden recuperar las diversas formas de obligada resistencia y labor política, desplegadas en su dimensión estratégica durante las últimas cinco décadas. La conducta se explica frente al multiforme y sistemático hostigamiento de la política norteamericana, que tuvo y sigue teniendo en el bloqueo económico, comercial y financiero su línea de mayor agresividad, y que actualmente se enfrenta después de los primeros acercamientos oficiales a un escenario que puede ser tan diferente como problemático.<sup>18</sup>

En ese mismo escenario, sin embargo, y ante la decisión de la política norteamericana de establecer un “nuevo trato”, se avizoran al mismo tiempo nuevos obstáculos, siendo uno de los más importantes el vinculado a la potencial profundización de la esfera mercantil ante la avalancha de ofertas y capitales que podrían ingresar a la isla. Aquí hay que tener en cuenta la dinámica previa ya desatada con el proceso de las reformas económicas. La posibilidad de regular los instrumentos de mercado que ya están en marcha se podría enfrentar a un desafío, igualmente abierto, en el sentido de que tales instrumentos pueden producir a partir de su propia dinámica otros desafíos no sabemos de qué envergadura para el desarrollo del modelo cubano.

Por otra parte, tampoco pueden desconocerse las dificultades que presupone involucrarse en un proceso de negociación tendientes a normalizar las relaciones con Estados Unidos, mientras la voluntad de Washington no parece estar dispuesta a realizar cambios que pudieran modificar sustantivamente su enfoque estratégico, habida cuenta de las decisiones que le son inherentes, entre ellas, su invariable política migratoria y el rechazo a abandonar su ilegítima presencia en Guantánamo. A ello se agrega ese pesado agravio que ha significado para Cuba el certificado de “buena conducta” que elabora el Departamento de Estado norteamericano y que se refiere, unilateralmente, a

<sup>18</sup> Para un análisis histórico de la política estadounidense hacia Cuba y la forjada por esta, especialmente la actuación de la Revolución ante los diversos desafíos que se proyectan hasta nuestros días, resulta esclarecedor el trabajo de Ramón Sánchez-Parodi *Cuba-USA. Diez tiempos de una relación*, Ocean Sur Editores, México, 2011.

los llamados Estados “patrocinadores del terrorismo” o “violadores de los derechos humanos y las libertades fundamentales”.<sup>19</sup> Aparecer en esa lista, en la que nunca debió estar, o mantener relaciones con aquellos gobiernos allí calificados como tales, solo ha servido a la política estadounidense para tratar de justificar sanciones y agresiones contra los gobiernos a los que considera adversarios o enemigos en diferentes partes del mundo.

No cabe duda de que la búsqueda de un entendimiento por medios diplomáticos, fundado en el respeto y la legalidad internacional, resulta siempre más benéfica para todos que una relación de confrontación y de hostilidad. Sin embargo, cabe la pregunta acerca de cuál será o puede ser el contenido de la normalización si los instrumentos de la agresión y sus concepciones de base no han desaparecido. Tampoco resulta fácil un cambio en la argumentación política y diplomática que de manera genuina garantice por parte de Estados Unidos el compromiso de asumir con respeto las diferencias que han existido y que son consustanciales al desarrollo de ambos sistemas. Incluso está por verse la disposición estadounidense a resarcir los daños provocados a Cuba o las pérdidas por acciones terroristas contra intereses del país isleño y que incluye numerosas vidas humanas. Mientras tanto, hay un dato duro que resulta difícil de omitir. Tanto en la comunidad latinoamericana como en la trayectoria de la Asamblea General de las Naciones Unidas, nunca en toda la historia de la diplomacia internacional se ha visto tanta coincidencia y condena al bloqueo impuesto por Estados Unidos contra Cuba.<sup>20</sup>

## Epílogo

En un esfuerzo reflexivo desde América Latina, se hace inaplazable una mejor comprensión de los alcances que pueden derivarse de los giros políticos y señales provenientes de la estrategia norteamericana-

<sup>19</sup> Durante un poco más de tres décadas el Estado cubano formó parte de esa lista elaborada anualmente por Estados Unidos. Al respecto, una página oficial norteamericana resulta elocuente: [www.state.gov/j/ct/list/c14151.htm](http://www.state.gov/j/ct/list/c14151.htm).

<sup>20</sup> Se encuentra en el registro de antecedentes argumentados por la Asamblea General de las Naciones Unidas, que durante los años que lleva la vigencia de las sanciones económicas impuestas a Cuba, más del setenta por ciento de los cubanos nacieron bajo este “Estado de sitio económico”. Salim Lamrani: “Estados Unidos-Cuba. El bloqueo más largo de la historia”, *Le Monde diplomatique*, año XV, no. 159, enero-febrero, 2015, p. 15.

na. ¿Cómo está reconstruyendo sus recursos de poder ante la crisis económica que permea el sistema, el gran problema del petróleo y el gas que forman parte de su seguridad, el descrédito que ha cosechado con sus guerras de agresión, la inocultable práctica de las torturas a prisioneros, el asesinato de civiles por drones o por sus grupos de operaciones especiales en cada vez más países, la práctica del espionaje a escala global incluso en las comunicaciones de sus aliados, el costo económico y humano de sus agresiones bélicas que alarma a su propia ciudadanía?

Ante este abigarrado cuadro de interrogantes cruciales, y estableciendo un ángulo de visualización hacia la región, resulta inequívoco su objetivo, que apunta de manera muy notoria hacia el proceso venezolano. Pero su extensión despliega hacia todo el hemisferio donde se desarrollan proyectos gubernamentales y políticos que no están dispuestos al sometimiento, que buscan alternativas a la dominación del modelo neoliberal y estructuran plataformas de entendimiento hacia una integración regional sin subordinación. Es importante considerar que si los estrategas estadounidenses reordenan los ingredientes de su política, con el propósito de rearticular bajo su jurisdicción los procesos de América Latina y el Caribe, es porque sus objetivos en tal sentido hacen parte de su plataforma geoestratégica, que requiere, antes que nada, fortalecer su menguado liderazgo para imponerse al resto del mundo.

Un asunto de fondo dentro de estas consideraciones políticas reconoce que el liderazgo norteamericano se encuentra en entredicho. Esto propicia el desarrollo de una disputa por la hegemonía mundial, cuya dinámica tiene, a su turno, un impacto en la reconfiguración de las tendencias hemisféricas. El escenario regional latinoamericano necesita revalorar la importancia de sus logros y proyectos impulsados al margen de la política estadounidense. La diplomacia de Washington no cejará en su empeño por retrotraer la situación regional, tanto en el campo popular como en la dimensión institucional que compromete a los gobiernos más avanzados de la región. Sin dejar de valorar el acontecimiento del 17 de diciembre de 2014, todo indica que su objetivo de reinstaurar el capitalismo y propiciar el apetito por una democracia liberal, al margen incluso de la opinión de la ciudadanía cubana, permanece incólume.

No resulta descabellado, por tanto, pensar que el debilitamiento de los nexos y los entendimientos entre gobiernos progresistas y fuerzas políticas avanzadas que dibujan el mapa político regional constituye, a no dudarlo, uno de los propósitos centrales para la recomposición de su deteriorada hegemonía. La política que desde el 2005 se viene desplegando en América Latina y el Caribe necesita tomar en toda su amplitud este propósito. Porque la inteligencia del poder estadounidense sabe que su política ha estado perdiendo el control inmediato sobre la región o, al menos, que los instrumentos que para ello existen no están pudiendo garantizar como antes su tarea. La Doctrina Monroe, la política del *gran garrote* y todas las formas de panamericanismo, incluyendo el sistema interamericano en su versión hasta ahora conocida, no logran desempeñar el papel estratégico esperado. La capacidad de articular política y diplomacia y su ratificación en propuestas y procesos concretos, como UNASUR, Petrocaribe, ALBA y CELAC, además de mostrar una nueva tendencia en la política regional, son el mejor índice de las dificultades que envuelven a la política hegemónica. La creciente influencia de la República Popular China en la región, especialmente en la franja sudamericana, es un referente geopolítico que está gravitando más de lo que se alcanza a percibir. Entonces, después del 17 de diciembre del 2014 va quedando más claro que todo el empeño desplegado por EE.UU. al tratar de aislar y destruir a la revolución cubana parece haberse revertido. La pregunta sobre cuáles son los intereses que está cosechando la política de aislamiento permea los patios interiores del poder estadounidense. La decisión de entablar relaciones diplomáticas buscando la normalización de las relaciones con Cuba tiene entre sus principales objetivos mantener o reparar los nexos agrietados con la región y/o construir otros nuevos para re proyectar sus objetivos estratégicos, que en lo fundamental no parecen haberse modificado.